

Rómulo Gallegos: dos épocas, una Venezuela

Escribe: PEDRO ACOSTA

El último desenlace de Rómulo Gallegos careció de los imprevistos giros con que salpicó su extensa obra de narrador. Se extinguió con una pasmosa naturalidad, en un tránsito lento y demasiado obvio, poniéndole fin en uno de los amaneceres vacíos de la Semana Mayor a una agonía que tuvo filialmente crispada a Venezuela. Una compenetración tan absoluta entre Gallegos y su país, y, por extensión, con la América Latina, merecían este postrer acto que confirma su invaluable lección: la lealtad del escritor consigo mismo, por lo tanto con sus gentes, y en consecuencia su altivez de combatiente.

Antes que escritor venezolano y escritor por venezolano, recordando un juego de palabras que le atribuyó la imaginación popular, siempre viva en su fantasía y sus realidades. Gallegos trazó una división en la literatura venezolana, con un *pre* y un *post-Doña Bárbara*, porque ella fue un simple punto de partida para una brega infatigable, convirtiendo verdades apenas adivinadas en palabras que las recrean y multiplican, y cuya extensión y profundidad lo universaliz-

zaron. Pues la suya no fue la tarea de las espectacularidades formales, con el engolosinamiento fugaz del artista por el piélago insinuante y letal con que cultiva la blanca aridez de las cuartillas, sino un presentimiento permanente que le permitió corporizar los ecos innumerables que, a cada instante, están por estallarle a las cicatrices de la América Latina. Así, desde el primer momento en que se sabe escritor, escrudiñándole a los crepúsculos del Avila los secretos, —hechizos, brujerías y cazurre-rías— con que se envolvía a Venezuela, ya en un siglo que había heredado la dictadura socarrona pero implacable de Juan Vicente Gómez. Y así hasta el final mismo, asumido con la discreta sobriedad conque la voz que protestó y clamó por nuevos valores, narrando sin fatigas, escogió el silencio. En el intermedio, su vida de escritor y combatiente.

Dos Venezuelas, dos Américas de los Llanos y de los Andes, quedan antes y después del narrador Rómulo Gallegos. Maestro de provincia, aprende del inagotable venero de la imaginería con que el pueblo parece burlarse de lo que le agobia.

Luego, Caracas con su ambiente de aldea inmensa y caserones presuntuosos de cuyos patios se fugan los esplendores de una prosperidad pasajera. Y como una constante, los bachilleres dogmáticos y los cándidos llaneros semidesnudos. Las mujeres voluntariosas y absorventes, como resucitadas deidades aborígenes que velan por los elementos sin domeñar... Ríos plagados de turbiones que dan comienzo al aire erizado que cruzará el llano para afilarse en los cerros, el paso de látigo de los lagartos entre una vegetación que no deja límites para la exuberancia, toda esta suma de seres y naturaleza que vibra en la Venezuela de sus años juveniles. En el pináculo, y también por el más recóndito escondrijo, la sombra omnímoda de Juan Vicente Gómez con su aureola de hechicero que va en apoyo del puño que conserva enguantado, sin instancias ajenas a la voluntad que le chispea en la mirada ladina. Es la Venezuela de antes del narrador Rómulo Gallegos y que parece orearse en el Samán de Güere, el árbol milenario resguardado por una verja en que el mismo Gómez ordenó fundir las bayonetas de las guerras civiles. Arbol eterno que dio reposo a las fiebres de Bolívar...

Tomándola como materia palpitante, Gallegos transita el lógico camino del escritor que libra con cada palabra la lucha por la lealtad a su vocación. Su realidad le reclama ser expresada. Tal como es bronca pero plena de sutileza, insinuante por su propia fealdad, como una exigencia que brama desde el corazón profundo de una tierra sin amasar, colérica ante el intruso voraz. Doña Bárbara y Mr. Danger. Pero los mitos que tienen raíces de ceibas en los llanos, lan-

guidecen en la ciudad entre el ocaso de los carnavales. Y el viejo ídolo de barriada cubierto con la máscara de Lucifer tiene que sufrir, bajo golpes de pedrea, su derrocamiento instigado por un payaso femenino. Un cuento y primeras novelas en las cuales los mitos de la Venezuela anterior al narrador Rómulo Gallegos, como una síntesis de la América entre el Caribe y los Andes, reflejan el ocaso de sus demonios. Los caudillos primarios y la ilustración del despotismo mezclados al innúmero reparto de personajes que alimentan el latifundio y el hastío pueblerino en connivencia con los albores de la industrialización. Gallegos cuenta, simplemente. Y la magia de sus narraciones va surgiendo del vasto complejo de una naturaleza que impregna con sus secretos a unos personajes para cuyas costillas les dio el barro. El paisaje como actor. Tanto como los hombres, esto exactamente que caracterizará a la novela latinoamericana. Mundo en agraz, o, según hubo de decirlo, "América, a la vez, nuestro mal y nuestra esperanza, porque América es juventud".

Por los años 20 es esta certeza de juventud lo que cruza al continente, ansioso de re-encontrarse, y esta ansiedad de cambio multiplica las audacias que pretenden fulminar dogmas. Descuajar de par en par las puertas de una universidad mohosa de enclaustramiento, airear las palabras, menospreciar un humanismo presuntuoso y subjetivo. Audacias con obvias implicaciones políticas. Y aunque Gallegos sea el narrador, o por ello, precisamente, sus palabras sin artificios y su manera de relatar, con una simpleza que lleva de la mano por los vericuetos de inagotables

presentimientos que sacuden a este mundo en crisis de pubertad, va de lleno a una actitud política. Quizá sin que él mismo alcance a adivinarlo. Pero Gallegos, el narrador, ha contribuído al nuevo descubrimiento de América, esta vez por una quinta generación de americanos. También en ello reside la magia creadora de sus palabras.

La exaltación de Gallegos comienza en el destierro, como otro símbolo de este redescubrimiento americano. Escritor y no político. La antinomia que el narrador Gallegos, con ser estrictamente eso, echó por tierra desde cuando la curiosidad común concluyó en que esos retratos masivos comenzaban a ser registro de un dominio declinante. Y sin embargo Gallegos no debió buscar nunca una participación partidista que se le brindaba en su condición de escritor, —testigo y actor a un mismo tiempo— y de escritor sobre las verdades aprendidas en su absoluta penetración con su país. No en vano las fotografías de la época de *Doña Bárbara* lo muestran sombrío y ensimismado y las de los años posteriores a su regreso del destierro, ya en la Venezuela *post-Doña Bárbara*, con una ironía recatada que le frunce los labios. Después el gesto se volverá casi hosco cuando un segundo destierro parte de su derrocamiento de la presidencia. “Sobre el suelo de mi patria, —dijo entonces recobrado ya plenamente como el narrador Rómulo Gallegos— ha quedado en pie una víctima inquietante: el pueblo de Venezuela, al cual se ha tratado de envenenar las fuentes de su bondad esencial”.

El que la Venezuela posterior al narrador Rómulo Gallegos parezca errante por los desiertos de la per-

plejidad latinoamericana, es lo que da una cierta nostalgia a su muerte. Esa constancia suya por su vocación literaria le aseguró un magisterio, como si siempre se hubiese tratado de garantizarle a su fidelidad de escritor un sitio de aprendizaje sobre su patria, y, luego, uno de influencia y dirección. Pero en buena parte de su obra relata muchos de los ocasos para los que vivieron, únicamente, esos personajes suyos. Al fin y al cabo, como testigo y como actor, el escritor sabe que no es vano el inexorable tránsito de las horas en un tiempo que es la palabra maestra de la creación o del olvido, con sus afanes y sus renovadas novedades que sustituyen capacidad de influencias o desplazan las de dirección. ¿En la América de los Llanos y de los Andes, no habrá pasado la hora de la influencia que pudo regentar, con tan estricta sobriedad, el narrador Rómulo Gallegos? Leal a su vocación, leal así a la verdad que se obligó a buscar por la frágil virginidad en celo de sus cuartillas, el narrador Rómulo Gallegos contribuyó a un segundo descubrimiento de América y, en ella, a construir una Venezuela que se exorcizaba los mitos que Juan Vicente Gómez intentó retener, metiéndolos en las cortezas milenarias del Samán de Güere y rodeándolo con una verja forjada con el acero de bayonetas. Y vislumbró quizá esta otra novela, huérfana en tantas manos perplejas latinoamericanas con una realidad que sobrepasa a la imaginación... “América, a la vez, nuestro mal y nuestra esperanza”... Y se dejó morir con la misma naturalidad con que el Samán de Güere reverdece al recordar cómo refrescó alguna vez los delirios de Bolívar, bajo un febril sol de mediodía.